



Miguel Gutiérrez Garitano

MONTAÑAS DE GUINEA ECUATORIAL

L A región continental de Río Muni constituye la vertiente más misteriosa y romántica de Guinea Ecuatorial. Lugar de selvas conradianas, alberga en su interior el Parque Nacional del Monte Alén con más de cien especies de mamíferos. Los macizos montañosos más altos, donde se enraíza la tupida jungla africana, son la cadena de Niefang, que lo recorre de norte a sur y el macizo de Mitra en el área más meridional y salvaje.



■ Alba en el Parque Nacional del Monte Alén

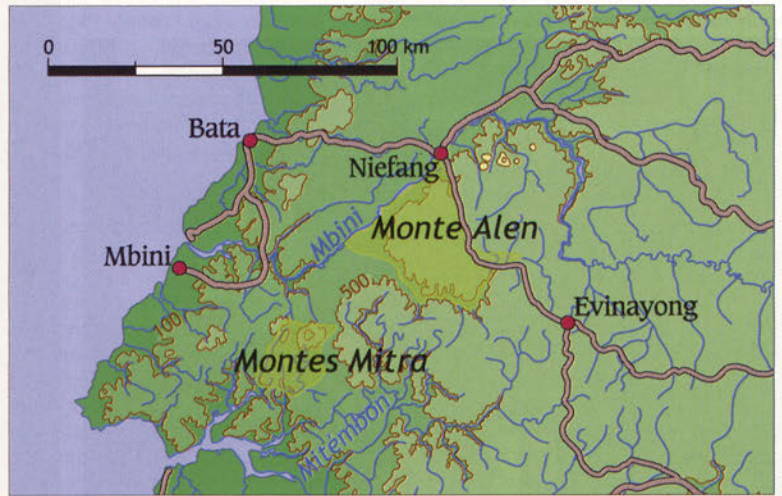


Miguel Gutiérrez Garitano (Galdakao, 1977).

Licenciado en Historia por la UPV, ha trabajado tanto en prensa escrita como en televisión. Especializado en reportajes culturales, es autor del poemario "Voces Fronterizas", presidente honorario del Club de Montaña Bardulia (Vitoria)

y miembro de la Sociedad Africanista Manuel Iradier. Actualmente está preparando el libro "La aventura del Muni", de próxima publicación.





MAPAS NORDIK

NIEFANG, LAS MONTAÑAS DE CRISTAL

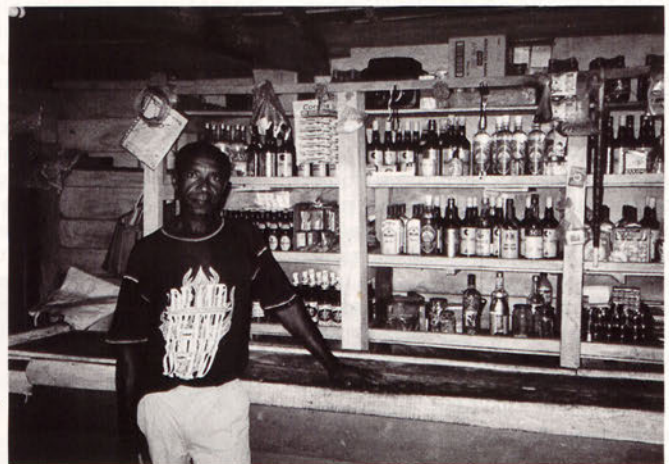
Con la decisión típica del viajero que desconoce sus propias intenciones, nos bajamos del Toyota cuya conductora amablemente nos había traído desde Bata por las polvorientas carreteras guineanas. Ante nuestros ojos, como un silencioso campo base frente a la rugiente selva, aparecieron los alineados chamizos del poblado de Moka. Sin más dilación, nos presentamos al célebre cazador fang Jesús Elá, exfurtivo y actual jefe de guías del Parque. El rastreador aceptó asistirnos en nuestro periplo selvático a pesar de que ya no trabajaba como guía debido a su delicada salud. En esta ocasión sería asistido en la ruta por uno de sus discípulos: el lacónico y ágil Baltasar.

■ Las aldeas están comunicadas por senderos en el bosque



■ Típica carretera de Guinea Ecuatorial

■ Supermercado de aldea fang



Elá nos enseñó las instalaciones del Parque y nos citó para la madrugada siguiente en los lindes del pueblo. La taberna de Moka era al mismo tiempo, supermercado y ferretería y en ella nos aprovisionamos con kilo y medio de arroz y un par de conservas noruegas de carne salada, que me hicieron recordar al *pemnican* de las expediciones polares de comienzos del siglo XX. Estas viandas y unas barras energéticas constituirían nuestro único alimento en los días siguientes.

El resto de la tarde la pasamos repantigados en la terraza del hotel del Parque,

admirando el maravilloso paisaje conformado por la aldea de Moka y los bucles de musgo que parece la masa boscosa vista desde la altura. El edificio es una de las maravillas que se ofrece a los escasos viajeros que aparecen por estas latitudes. Una construcción estilo colonial, que recuerda las que se hicieron famosas en la época dorada de los safaris africanos. Las columnas que sustentan la estructura son de gran tamaño: de maderas preciosas, están trabajadas formando relieves de animales selváticos. Todo el hotel descansa sobre una empinada ladera, presidiendo el bellissimo paisaje silvano que queda para maravilla del observador. Finalmente la noche llegó, disipando con sombras el goce de nuestra mirada. La terraza se llenó de visitantes nocturnos sedientos de la luz de los faroles. Escarabajos como puños, mosquitos y murciélagos volaban por doquier por lo que decidimos poner fin a la jornada.

■ EL MIRADOR DE LOS BOSQUES

Con las primeras luces nos internamos bajo la apabullante bóveda vegetal que anega de oscuridad los caminos del bosque. Una profunda emoción embargaba mis sentimientos a medida que mis pasos me introducían en el arbolado. Como ávido lector de las grandes epopeyas africanas, siempre había esperado el



■ Familia de pescadores fang de Mihuala



momento de lanzarme en el interior de las junglas, el *País de los Bosques* que describiera Stanley. Es curioso que hasta el más realista de los europeos que se introducen por primera vez en la selva deja un pequeño resquicio de esperanza o de fantasía, de encontrar algo imposible y maravilloso, como las míticas *Minas del Rey Salomón* de Rider Haggard, el tarzánico cementerio de elefantes, la tibia de Lucy o una cueva plagada de pinturas rupestres, abundantes en sabanas y desiertos pero inexistentes en el bosque ecuatorial africano. Luego vienen días de caminatas bajo una asfixiante humedad, la desorientación causada por la visión clónica y repetida de la verde hojarasca y finalmente el enmohecimiento físico y mental que termina con toda ensañación romántica que uno traiga consigo.

Durante los primeros kilómetros de caminata desde el pueblo de Moka, la senda está flanqueada por árboles marcados con etiquetas, pudiéndose identificar unas sesenta especies en un breve paseo. El sendero pronto asciende y va tomando altura a través de un terreno poco frondoso. Precediendo a la última cuesta se llega a un claro donde los calcinados restos de una cabaña de furtivos tapizan un pequeño espacio de hierbas enmarañadas. Seguimos subiendo y llegamos, tras dos horas de marcha, a la cima del Monte Alén (1100 m), punto culminante de todo el Parque. Junto a la cima se abría un precipicio desde el que se dominaba una amplia panorámica. El lugar es conocido como *El Mirador* y es un magnífico oteadero desde el que se observan kilómetros de bosque virgen.

A partir de este momento tomamos la antigua senda de elefantes que discurre en dirección sur, pasando por un cordal de cumbres de oscuros nombres que conforman la espina dorsal de la *Cadena de Niefang*. De tanto en tanto, entre subidas y bajadas, nos desviamos a los flancos para explorar los claros naturales que se forman en la floresta. Estos espacios herbosos de suelo rocoso, suelen cobijar durante los momentos más calurosos del día a búfalos y serpientes que se tienden a la luz del sol. Nuestras tentativas no tuvieron éxito y a la

media hora regresamos al bosque, sedientos como esponjas secas. Aproveché la coyuntura para preguntarles a los guías por la veracidad de la existencia del fabuloso *Palo de agua*, o liana que al cortarla expele agua como si fuera una manguera. Ante nuestro asombro, los pisteros machetearon una enredadera cercana acercándomela a los labios. Agradecido, bebí largos tragos del agua más fresca y rica que puede ofrecer Guinea.

Después de comer descendimos por el sendero a una zona más baja y llana, donde el camino se ensanchaba. Gigantescos árboles, tatarabuelos de los que conocemos en nuestro país, aparecieron ante nuestra mirada mientras caminábamos. Ébanos, ceibas, el olong de tronco espinoso, el asam de enormes raíces que se elevan sobre el suelo. Jesús Elá anunció que quedaba poco para alcanzar el lago Atoc, donde pensábamos pasar la noche. Antes de llegar a nuestro destino los cazadores machetearon el tronco de un árbol del que salió una resina vercosa, que envolvieron con manos expertas en grandes hojas. Se trataba de atuc, o resina del *abem* (árbol del incienso), que usan los fang a modo de combustible para cocinar y que además emite al arder un agradable aroma vegetal.

■ EL CAMPAMENTO DEL LAGO

Mediada la octava hora de marcha salimos a un amplio claro que se abría a la vera de un río. En el centro del calvero aparecía una bonita cabaña de madera con techo de zinc. La construcción se erigía sobre una plataforma que descansaba, como un palafito, sobre postes de madera. Se trataba de una vieja argucia que pretende evitar que las serpientes se sientan tentadas a dormir dentro del saco de los excursionistas. Junto a la casa, se levantaba un endeble chamizo, de cuyo techo colgaba una marmita sobre un suelo de cenizas donde los guías situaron un haz de madera recién cortada. La resina prendió con un chisporroteo y pronto gozamos de una considerable lumbre. Después de cenar nos acomodamos en el alféizar de la cabaña, donde decidimos pasar la noche.

Atoc es un vocablo de la lengua fang que quiere decir *profundo*. Sin embargo la laguna con este nombre es, durante la estación seca, apenas un conjunto de grandes charcas. A primera hora de la mañana tomamos el sendero que bordea la masa de agua y nos apostamos encaramados

■ Embarcadero en el río Mittong



■ Caminando por el río Lanya



■ Iglesia del pueblo de Amanenig

sobre unas ramas bajas que colgaban sobre la superficie. El viento jugó a nuestro favor y al poco, tuvimos el privilegio de observar dos sitatungas, o antílopes de cornamenta en forma de lira. Caminaban con el agua cubriéndoles la mitad del cuerpo y rumiando hierbas acuáticas. Al primer pisotón a una rama seca, los rumiantes salieron disparados hacia la espesura, pero al poco rato otros ocuparon su lugar. Cuando creíamos que ya habíamos visto todo, apareció como por encanto un enorme búfalo, negro y ocre, que iba dejando en el agua una estela fangosa bajo la acción de sus pezuñas.

A media mañana nos adentramos en la espesura con la intención de seguir el rastro de alguna pieza grande. Jesús Elá sabía que nos habían hablado maravillas de sus habilidades y estaba ansioso por demostrarlos que no eran meras habladurías. En un momento determinado, el veterano cazador se agachó y nos mostró sobre la tierra húmeda, cuatro muescas paralelas características: huellas de gorila, el cual camina encorvado dejando la impronta de sus dedos delanteros. Elá dictaminó que se trataba de una familia de pocos miembros, quizás dos o tres machos solitarios. Nos lanzamos en su persecución a través de

esposos cañaverales. Cada cierto tiempo las cañas aparecían destrozadas formando pequeños claros. En éstos, las cáscaras de unos frutos colorados aparecen esparcidos por el suelo. Eran los *ésón* que a los gorilas les encantan. Por recomendación de los guías me comí unos cuantos y al poco me vi caminando entre retortijones, maldiciendo la ocurrencia gastronómica y compadeciendo a los grandes simios que comen el fruto a diario.

Una de las cosas que más nos llamó la atención fue la tremenda abundancia de trampas. Nosotros ni las veíamos, pero Elá y Baltasar las recolectaban cada dos por tres. Las hay de todos los tipos y formas, de lazo, de cebo, y aunque no sirven para atrapar animales grandes, bien pueden dejar mancha a una cría de gorila.

A las tres horas encontramos la zona donde los gorilas habían hecho noche, y donde la vegetación aparecía aplastada en un tupido rebusco. Algo no iba bien y los guías murmuraban entre ellos y nos contestaban con evasivas. Al pie de un árbol distinguí un objeto brillante, me acerqué y me horroricé al distinguir un casquillo del calibre doce. Este tipo de munición se usa para gorila y elefante, así que al verlos, nos quedamos de piedra. Jesús Elá parecía indignado y se guardó el objeto en el bolsillo de la camisa. No había restos de sangre pero sabíamos que los cazadores son muy hábiles ocultando los restos de su actividad. Con un mal presentimiento abandonamos el lugar para regresar apesadumbrados al campamento del lago.

■ Cocina de los furtivos



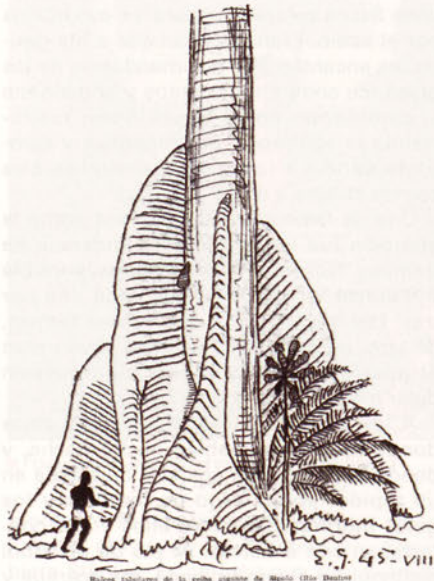
■ TRAS LAS HUELLAS DEL ELEFANTE

De amanecida nos introdujimos directamente en el verde. Baltasar y Elá se movían por la espesura con la agilidad de dos leopardos. En una pequeña brecha de la muralla vegetal descubrimos las redondas huellas de un elefante macho. En ese momento, Elá se transformó, auguró que alcanzaríamos al elefante en unas cuatro horas y se lanzó detrás del rastro recién descubierto con una voluntad implacable. Nuestros ojos asistieron en las horas sucesivas a un espectáculo excepcional. El elefante era condenadamente astuto; sabía que íbamos tras él y aunque parezca mentira se valía de todo tipo de tretas para dejarnos atrás. Sus huellas desaparecieron en un roquedal, pero nuestro guía no se dejó engañar y recuperó el rastro; las pisadas se evaporaron en las aguas de un río, pero Elá lo vadeó una y otra vez y redescu-



■ Orilla del río Mbini





■ En el país de los Pamues

brío el camino seguido por el animal. Me impresionó la inteligencia del paquidermo, que con una astucia endiablada había retrocedido sobre sus pasos, había cruzado el río varias veces e incluso había atravesado impenetrables matorrales imposibles de hollar para nuestros frágiles cuerpos. Nada de esto le sirvió y tras la pista del titán vegetariano seguimos el riachuelo hasta el río Laña, llegando a la zona del Parque conocida como Esamalán.

Nos detuvimos a comer con la emoción de saber que estábamos apenas a una hora de nuestra presa. Baltasar nos recomendó que nos refugiáramos entre las raíces del asam, en caso de que el paquidermo cargara contra nosotros. Estábamos alegres e intercambiamos historias mientras comíamos. Baltasar nos contó que en una ocasión, él y otros tres guías estuvieron dos días asediados por un leopardo en la cabaña de Esamalán. Mi compañero Marcos, que también es cazador, relató anécdotas sobre la caza del jabalí. Baltasar le escuchaba asombrado, pero muchos fang creen que los blancos no cazan y probablemente no se creyó una palabra. Jesús Elá extrañamente no abrió la boca en toda la comida. Estaba lívido y sudoroso, enfermo, y pronto se sintió incapaz de continuar la persecución.

Olvidado el elefante, urgía acompañar a Elá a algún lugar donde refrescarse y descansar. Nos desplazamos por la orilla del río Laña hasta que llegamos a un claro natural en el que se erigían un par de construcciones de bambú y nipa. El lugar era un refugio fabricado por furtivos. Una cabaña para dormir, un chamizo para cocinar y una zona para desollar las presas estaban perfectamente a la vista. Mientras el guía convaleciente dormía, nosotros exploramos el entorno, cada vez más indignados y confundidos. Nuestra prioridad era regresar al campamento de Atoc cuanto antes, así que nos fuimos sin incendiar la choza.



■ Los cayucos son los autobuses de la selva

■ EL FINAL DE UN GUÍA

Jesús Elá estaba bastante mal. Tenía fiebre y diarrea sangrante. Para colmo, después de dar parte de nuestro arroz a los guías, se nos había terminado toda la comida. Suerte que yo viajaba con un cazador y pescador aragonés. Marcos echó mano de sedal, plomos y un palo de bambú y en un periquete construyó una caña más que aceptable. Usando lombrices y saltamontes como cebo, no tardó en aparecer con una bolsa llena de peces. Eran peces gato, viscosos y de repugnante aspecto, que sin embargo, tienen un sabor magnífico. Los africanos le observaban sin dar crédito a lo que veían.

Resuelto el problema de la comida, nos preocupamos por el enfermo. Mientras yo asistía a Marcos en su pesca, Jesús Elá se levantó de su lecho y abrió mi botiquín, dando cuenta de algunos de mis medicamentos. Por si esto fuera poco, ingirió varias raíces medicinales. Pronto empeoró, lo que provocó que pasáramos una mala noche, temiendo el nuevo amanecer.

Estábamos decididos a escapar de la selva. Elá no había mejorado y no podíamos perder un minuto. Así, nos introdujimos en la masa boscosa por un camino lleno de subidas y bajadas. Aunque el viejo guía nos seguía apretando los dientes, no había perdido su inmejorable vista. Dos veces nos hizo señas. La primera asistimos a un número de funambulismo que realizaba una familia de monos a gran distancia del suelo. En la segunda ocasión, el aviso del pistero tuvo tintes de alarma; una larga cobra nos observaba desde una roca con el capuchón desplegado. Algo inconscientemente corrimos tras ella, sólo para ver como desaparecía tras una fulminante carrera. Los guías se rieron y nos explicaron que este ofidio, la cobra negra africana, es conocido en Guinea como *la Saltadora*, debido a su enorme velocidad. Por la tarde sufrí un curioso accidente; me apoyé sobre un fibroso árbol e instantáneamente sentí un fuerte dolor en el brazo. En un principio creí, con pánico, que me había picado una serpiente, pero al poco descubrí que había sufrido una mordedura... ¡De hormiga! De la hormiga ngocom,

que sólo habita en el árbol del mismo nombre. Dicen que la policía guineana tortura a los disidentes políticos atándolos a su tronco; los fang, en el pasado, castigaban a las mujeres adúlteras mediante este suplicio. Mi brazo pronto se hinchó como un globo y me estremecí sólo de pensar en tan horrible martirio.

Un par de horas después nos topamos con cuatro hombres. Llegaron bien pertrechados y nos miraron con gran desconfianza. Pronto intercambiaron agrias palabras con Elá y Baltasar. Eran los furtivos dueños de la cabaña del Laña. Estábamos llegando ya a las zonas habitadas desde las que los aldeanos se introducen en el bosque para cazar y recolectar leña. En Guinea Ecuatorial casi no hay ganado, por lo que la caza es fundamental. Los guardas toleran cierta explotación del bosque, aunque construir cabañas y cazar las especies más protegidas, no entra dentro de esa licencia. Durante el trekking habíamos sido testigos de ambas cosas.

■ Restos de la antigua misión de Elobey Chico





■ Remontando el río Mitong

MITRA, LA MONTAÑA DE LOS SUEÑOS

Los portugueses fueron los primeros occidentales en bautizar la cima más alta como Monte de la Mitra, por la capa de nubes que a menudo la cubren como un verdadero tocado episcopal. Los españoles, después de enseñorearse del país, inventaron, asimismo, el sobrenombre de Monte de los Micos, en referencia a la gran cantidad de pequeños monos que infestan sus laderas. La montaña, no obstante, ya tenía un nombre antes de que llegaran los europeos; los fang la llaman Eyamyumbé o Montaña de los Sueños, apelativo vernáculo sin duda más sugestivo y poético. Para este pueblo africano la montaña es, o era antiguamente, sagrada.

Tras una semana remontando el río Mitong, el más bello y agreste de los que desemboca en el estuario del Muni, llego a la aldea de Cuma, desde donde pensaba comenzar mi trekking hacia el Mitra. Cuma se encuentra bajo la tutela de la familia Michá, uno de cuyos integrantes, Mariano

■ Cogo es el punto de partida hacia el Mitra

es el más célebre cazador de elefantes de Guinea Ecuatorial. Cuando lo conocí, se jactaba de haber dado muerte a trescientos cincuenta y uno de estos animales. Cazador incansable y de una tremenda fortaleza física, Michá pasaba largas temporadas en la selva persiguiendo a sus víctimas, a las que, debido a su escaso número, llegaba a buscar incluso en los bosques del norte de Gabón.

Hay algo de mágico en subir una montaña nunca antes hollada. El Mitra, por supuesto, no es una de ellas. En la época colonial, una carretera discurría a sus pies y bastaba una corta excursión para llegar a su cúspide. No obstante, hace décadas que nadie ha intentado ascender sus 1100 m de altitud. Ningún sendero lleva a la cima y ni siquiera es fácil discernir sobre el terreno, cuál de los picachos es en realidad la cumbre. Finalmente, los parámetros de la expedición quedaron establecidos. Dos mozos fueron enviados aquella misma noche a la aldea de Mayang en busca de provisiones y se fijó la partida para primera hora de la mañana del día siguiente. La excursión la formaríamos cuatro personas; Mariano Michá como guía, Eyem (un cazador de

Mayang) y Ondó —que era un joven y fornido primo del primero—, como porteadores, y yo, como turista capitalista, que ardía en deseos de partir, y que, debido a ello, apenas pude pegar ojo en toda la noche.

■ EL REINO DE LAS HORMIGAS

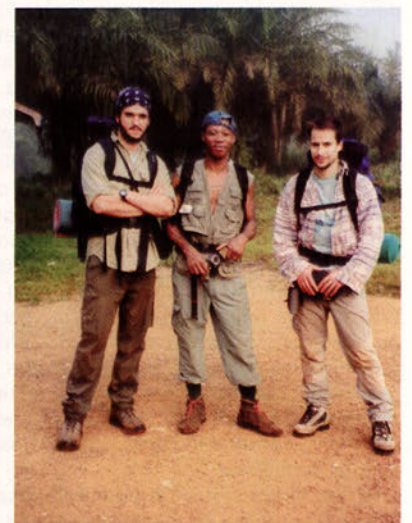
A la mañana siguiente partimos por un borrado camino, apenas una pálida línea de hojas, cruzando pequeños afluentes del Mitong, como el Mbian o el Bobo. Un pequeño claro junto al sendero era la única pista que quedaba de la ya desaparecida aldea de Ncolamvan, que antaño se situaba a escasa hora y media de Cuma. El más vívido recuerdo que guardo de aquellas primeras horas en el bosque, lo protagonizan las hormigas. De tanto en tanto aparecían atravesando el camino a millones, formando verdaderas lenguas en movimiento de color negro verdoso, que arrasaban a su paso con toda vida animal o vegetal. En esos momentos, cruzábamos la marea de insectos mediante pasos fuertes y rápidos. A pesar de todo, en cuestión de segundos, uno notaba dolorosos picotazos en lugares no necesariamente cercanos a los pies. En mi caso, sufrí varias mordeduras en el cuello, que me provocaron una dolorosa hinchazón.

Por la tarde, encontramos las camas recién abandonadas de tres chimpancés. Eran yácijas fabricadas con hojas y situadas sobre los árboles a unos metros del suelo. Mis compañeros querían partir en su busca, a lo cual me negué en redondo. En primer lugar, tengo en gran estima a estos primates; en segundo, yo seguía un plan previamente establecido y los hombres que me acompañaban se habían comprometido a cambio de un sueldo. Por lo tanto y a pesar de las protestas, la marcha continuó hasta llegar de nuevo al Mitong, que a estas alturas apenas tiene diez metros de ancho. A partir de ese momento, la marcha se ralentizó de manera notable, ya que el camino zigzagueaba cruzando una y otra vez la corriente.

El Mitong propiamente dicho se nutre de dos pequeños torrentes del mismo nombre que nacen en la sierra. En el punto en que



■ Con Jesús Elá, jefe de guías del Parque





■ La sierra del Mitra se erige en mitad de la selva

se unen ambos existía hace unas décadas una aldea llamada Evina, que hoy es solamente un arisco calvero lleno de troncos donde la familia Michá posee una cabaña.

■ DURA APROXIMACIÓN

Llegamos al pie de la cordillera del Mitra dos días después. Tras dejar Evina atrás, la senda desapareció, para dar paso al bosque primario. Los únicos caminos que se abren en éste, son los que, pisoteando la vegetación, crean los cada vez más escasos elefantes. Las jornadas anteriores habían resultado agotadoras, ya que nos las pasamos caminando de sol a sol por la selva, parando en contadas ocasiones, en las que los hombres aprovechaban para fumar marihuana y pegarle un par de lingotazos al vino tinto. Me maravillaba el vigor de aquellos hombres, que cargados como iban, andaban con un brío envidiable. Parecían realmente de ébano, inmunes a todo desaliento. Pronto, no obstante, encontré la explicación a dicha inmunidad. Cada cierto tiempo, ingerían parte del contenido de una misteriosa cajetilla de plástico que Michá se había traído desde Cuma. Descubrí así la raíz de iboga machacada que los fang usan para soportar largas caminatas.

Habíamos ido siguiendo el cauce del río en dirección norte, donde, de tanto en tanto, aparecía algún *sitatunga* bebiendo de sus aguas poco profundas, para desaparecer en cuanto notaban nuestra presencia. Poco antes de terminar la segunda jornada, llegamos a unas cascadas majestuosas, cuya sola visión justificaba el trekking emprendido. La noche anterior había resultado un calvario. Mi tienda de campaña se había convertido en un maldito horno, por lo que tuvimos que quitar la cubierta. Esta acción, no obstante, nos dejó desprotegidos ante la tormenta que empezó a continuación, así que hubo que improvisar una suerte de paraguas de hojas con el machete y afilar unas ramas a modo de estacas. Los mosquitos nos acribillaron.

Al fin, al día siguiente pudimos posar la vista, por primera vez desde que abandona-

mos el río Toche, en la majestuosa cuerda de piedra de la Sierra de la Mitra. El bosque desapareció de pronto para dar paso a un tupido *bicoro* (bosque arbustivo impenetrable), que se abría en el lugar por el que había transitado la carretera Mbini-Evinyong. Sin embargo, hacía tres décadas que ésta había sido devorada por la furia vegetal. Atisbar las montañas y abandonar el bosque primario fue todo uno. Los grandes árboles desaparecieron para dar paso a un terreno casi impenetrable de arbustos, enredaderas y maleza, que tuvimos que atravesar lentamente y sin cesar de usar el machete.

■ UN DOLOROSO PERCANCE

El sol pegaba fuerte sobre la antigua carretera encrespada de vegetación, cuando la piel de hombros, brazos, pecho y espalda empezó a escocerme. En un primer momento lo achaqué al sol pero después vi la savia de color anaranjado sobre mi piel. Michá me advirtió contra una planta que tenía jugo urticante. Al parecer, era ya tarde, y aunque me cuidé de no volver a tocar aquellos tallos, la comezón me abarcaba todo el torso. Por si esto fuera poco, descubrí unas pequeñísimas hormigas casi imperceptibles que los fang conocen como *ekiap* y que me recorrían la zona del bíceps y los hombros. Ondó me ayudó a quitármelas de encima, previniéndome contra su picadura, que era muy dolorosa. Habíamos seguido uno de los dos torrentes que conforman el Mittong, y, pronto, llegamos a un recodo donde éste se nos apareció como un límpido manantial de aguas bravías y rápidas. Nos hallábamos en un valle angosto, encajonado entre dos montañas flanqueadas por sendos acantilados rocosos, al socaire de los elementos. Tras estudiar los mapas me convencí de que el Mitra era la masa orográfica que se erigía hacia el oeste, mientras Michá sostenía que el pico era el que nos amenazaba con su desplome desde oriente. Finalmente, se impuso mi opinión.

Una hora después, en un punto en el que el agua brotaba de la roca, Michá deci-



dió pararse a recitar unas oraciones. Mientras hacía sonar su maraca y dejaba un huevo como ofrenda, porque estábamos junto a la *madre del río*, comencé a sentirme realmente enfermo. El ácido fórmico de las hormigas *ekiap*, unido a la acción de las plantas urticantes, llevaba horas causándome molestias, pero el dolor se había tornado del todo insoportable. Parecía como si alguien me hubiera inyectado fragmentos de cristal o como si, en vez de sangre, un río de lava incandescente corriese por mis venas. Era tal mi padecimiento, que creí desmayarme, enloquecí de dolor, grité como un loco y, finalmente, salí corriendo sin sentido, chocando con las plantas y con riesgo de caer despeñado. -¡Al agua! ¡Al agua!-, recuerdo que me gritaba Eyem. Así que esta orden se tornó en mi único anhelo, en el objetivo de un hombre trastornado por el sufrimiento, que sólo busca que cese éste de manera inme-

diata. En mi demente carrera, me arranqué las ropas. Ahora me río al pensar en la estampa que debía ofrecer; pero en aquel momento, la carrera, que no cesó hasta alcanzar las aguas del torrente, estaba más que justificada. El alivio fue instantáneo. El contacto con el líquido enfrió mi piel, para entonces enrojecida e hinchada. Poco después apareció Eyem, que también sufría por la picadura de las hormigas, a pesar de que vestía un mono azul que le cubría el cuerpo entero. Y así, flotando magullado en una poza fría situada en el oscuro nacimiento del Río Peligro, tuve que suspender el ataque a la cima del Mitra hasta el día siguiente.

La tarde fue de órdago. Tras abandonar el agua, el dolor regresó con renovados bríos. Sufriendo como nunca antes, caminé durante un par de horas hasta que apareció una cabaña fabricada por los guardas del Parque, en cuyo territorio habíamos entrado.

■ ESCALADA HACIA LA CUMBRE

A la mañana siguiente, tras un desayuno frugal, nos pusimos de nuevo en marcha. Atravesamos durante varias horas una ladera empinada y festoneada de árboles, donde los colobos montaban un auténtico escándalo. La caminata se tornó a cada momento más escarpada y, de tanto en tanto, de la tierra brotaban las rocas, simulando estatuas abstractas envueltas por enredaderas. El firme, cubierto de hojas y material en descomposición, desapareció al fin dándonos de bruces con una pared rocosa de superficies lisas. De nuevo, nos vimos obligados a rodear la montaña buscando desesperados el acceso a la cumbre.

A partir de ese momento suplanté a Michá a la cabeza de la comitiva. Ya no había vegetación que machetear y ninguno podía competir conmigo en cuanto al deseo ávido de conquistar esa mole endiablada. Detrás, mis acompañantes me seguían

cabizbajos. La comitiva la cerraba el pobre Ondó, al que durante la noche las hormigas *ekiap* habían castigado duramente, hasta el punto de que tenía el rostro hinchado como un balón de fútbol. Pasó el tiempo, las horas se tornaron en vagas nociones carentes de sentido; caminar se convirtió en un acto reflejo comparable a la respiración; hablar se hizo molesto, acaso un esfuerzo innecesario y fútil; solamente quedaba la montaña y el objetivo fijado, abandonado todo lo demás en el rincón del olvido.

Al cabo, apareció ante nosotros una chimenea que hendía la pared y por primera vez posibilitaba, no sin riesgo, la escalada hacia la cima. Contra el consejo de mis guías, me embarqué en superar el tramo vertical. Centímetro a centímetro ascendí hasta que, a unos cinco metros del suelo, de nuevo me encontré un largo de roca extraordinariamente lisa. Tan obsesionado estaba con hacer cumbre que, por suerte para mí, no pensé en lo peligroso de mi situación, atascado en mitad de una pared, sin cuerda y sin posibilidad de regresar ni de continuar el ascenso. Vino a rescatarme una gruesa liana cuyo extremo descansaba anclado en una roca cercana. Tras dos intentos infructuosos, logré asirme a ella y preparar así el tramo que me faltaba. Llegué a una pequeña cornisa repleta de hojas, en donde constaté que ya había superado el obstáculo. Una vez descubierto el truco de la liana, mis camaradas pudieron alcanzarme con facilidad y, pronto, en fila india, continuamos la ascensión.

Los árboles eran aquí más bajos y espesos y avanzábamos entre ellos sorprendidos por la facilidad de movimientos que nos ofrecían. La pendiente cada vez se hizo más suave, y, finalmente, tras pisotear un largo matorral espinoso, llegamos a la ansiada cima.

■ OFRENDAS AL DIOS DE LA MONTAÑA

Los hombres descansaron aliviados, dando muestras de una mal contenida alegría. Por

mi parte yo me ví asaltado de dudas. ¿Me encontraba en la cima del legendario monte Mitra? Los mapas que había consultado eran del todo inútiles. Unos situaban al Mitra junto al nacedero del Mittong, entre éste y el Congüe, y otros lo posicionaban hacia el oeste, cerca ya del curso del Toche. En rededor de la montaña, los planos mostraban otras cimas, más desconocidas si cabe: Mianya, Bindun, Envon, Edodo, Añong, Mduanyo, Balte o Micuañong. Lamenté no hallarme en posesión de un GPS, ya que las coordenadas del Mitra podían obtenerse a través de internet.

Me encaramé a la cima de roca, un lugar que, al contrario de lo que me había asegurado mi amigo Mario Sarsa (último europeo en hollar la cumbre), estaba rodeado de árboles. Desde allí, hacia el oeste se veía un picacho esbelto y afilado que señoreaba sobre una alargada sierra. Era la cumbre que habíamos intentado, sin éxito, coronar el día anterior y que a mí me había parecido el Mitra en un primer momento. Resultaba difícil discernir si el pináculo era más o menos elevado que nuestra posición. Hacia el norte y nordeste, el bosque impedía la vista. No obstante, se adivinaban nuevos afloramientos orogénicos, acaso los famosos cerros cúpula o *monadnocks*, como los tildaron los americanos. Finalmente me di por vencido y maldije todos los mapas erróneos que en el mundo han sido mucho más peligrosos que cualquier gigante mitológico con sus arcanas artimañas. A continuación, Michá dio gracias al dios de la montaña por permitirnos violarla sin sufrir percances. Su dedo pulgar nos marcó la frente uno a uno, dejándonos una curiosa marca blanca en el entrecejo. Nos santiguamos e hicimos una serie de genuflexiones. Recuerdo muy bien el cuadro, que tengo plasmado en una fotografía, la única que se salvó de la humedad, ya que ésta destruyó los dos carretes que tomé durante la excursión: en la instantánea, mis tres compañeros rezan a un dios sin nombre, temerosos de su ira.

No tardaríamos demasiado en estar de vuelta en la cabaña. A la mañana siguiente, decidimos regresar a Cuma, y, tras empaçar a toda prisa, regresar por el camino por el que habíamos venido. □



■ Ceremonias de bwiti, religión sincrética de los fang



FOTOS DE LOS AUTORES

Ficha técnica:

Estado:	Guinea Ecuatorial.
Capital:	Malabo
Población:	1.015.000 personas (Censo 2001)
Composición étnica:	En el continente mayoritariamente fang y en la isla de Bioko, mayoritariamente bubí.
Idioma:	Español, fang, bubí...
Webs de interés:	www.ecofac.org (descargar el pdf del Monte Alén)
Estación recomendada:	Preferentemente de diciembre a febrero, aunque también resultan practicables los meses de junio a agosto.
Participantes:	Miguel Gutierrez Garitano y Marcos Janer Moreno.